



## XVII.

### CONTINÚA LA GUERRA EN LAS INDIAS.

1730-1746.

Expedición de los ingleses contra Panamá. — Ofensiva nuestra en la Florida. — Acción del Corso. — Ataques á la Guaira y á Puerto Cabello. — Campaña desastrosa en el Pacífico. — Anson y Pizarro. — Incendian los ingleses á Paita. — Islas Filipinas. — Hostilidades de los moros. — Ingerencia de los holandeses. — Va una escuadra de éstos á Manila. — Se les satisface. — Combate y presa por los ingleses del galeón *Covadonga*.



No hay consejero peor que el despecho, por cuya sugestión se dejaban llevar Vernon y Wentworth, pensando en la impresión que había de producir en Inglaterra el inútil sacrificio de hombres y dinero hecho en Cartagena y en Guantánamo.

Buscaban un medio cualquiera con que satisfacer al descontento, discutiendo en Consejo de guerra el preferible, que pareció ser el primitivo del istmo de Panamá, en la suposición de que cruzara ya sus aguas en el mar del Sur el comodoro Anson. Contaban con el refuerzo de 2.000 soldados de infantería de Marina, recién llegados á Jamaica, y el de un batallón de negros, organizado en la Isla, refuerzo que decidió la empresa. Embarcáronlos en 40 trasportes, y escoltados por ocho navíos de línea y cuatro menores hicieron rumbo á Puertobelo, donde fondearon el 28 de Marzo de 1742.

El puerto estaba indefenso desde la ocupación de 1739, de modo que pudieran poner en tierra á la tropa sin obstáculo, á no oponérselo las fiebres desarrolladas en las naves. Las no-



ticias recogidas en la localidad, de haber sido acrecentada la guarnición de Panamá y de estar sobre aviso las compañías españolas en el tránsito, acabaron de entibiar el ardor de los jefes expedicionarios, y volviéronse á Jamaica á mediados de Mayo como habian ido, poniendo fin á su carrera militar, pues relevados inmediatamente en sus destinos, sirvieron en Londres de blanco á las censuras <sup>1</sup>.

Por estos días de Mayo salió de la Habana flotilla de 30 embarcaciones escoltadas por una fragata de guerra, á fin de socorrer á la plaza de San Agustín de la Florida, amagada de nuevo por el gobernador de Carolina Oglethorpe, al que hicieron retirar. A su espalda tomaron después la ofensiva con desembarco en la isla de San Simón, que no fué infructuoso: se apoderaron en la población de Frederika de un centenar de prisioneros y algunos esclavos negros.

Componían esta expedición: una fragata de 30 cañones, mandada por D. Antonio Castañeda, una galeota pequeña y un paquebot; las embarcaciones de transporte eran balandras y goletas; el comandante de la tropa D. Manuel Montiano, gobernador de la Florida.

Tenía el puerto de Guadalquini, al que se dirigían, canal estrecho aun para embarcaciones pequeñas, que habían de entrar una tras otra, pasando bajo el fuego del Castillo y de baterías que defendían la boca, y en aquella ocasión habían de afrontar también el de una fragata y varias balandras acoderadas. Con todo, puestos en línea nuestros bajeles, llevando la cabeza la fragata, forzaron la entrada y verificaron sobre la marcha el desembarco, huyendo con esto los ingleses sin esperar el ataque <sup>2</sup>.

Con la retirada de la escuadra inglesa, dominaban el mar de las Antillas nuestros corsarios, distinguiéndose entre todos el bilbaino D. Pedro de Garaycochea, por el ánimo é importancia de las aprehensiones que hizo, mandando una fra-

<sup>1</sup> En su campaña se expendieron sumas enormes y se sacrificaron diez mil hombres sin el más pequeño beneficio para la nación y sin gloria suya.—Campbell.

<sup>2</sup> *Defensa del Marqués del Real Transporte en el proceso de rendición de la Habana, año 1772*, impresa en Madrid.



gata del Rey. La escuadra de D. Rodrigo de Torres no estuvo del todo ociosa, atendido el objeto primero de las instrucciones, que era el de reunir en la Habana los tesoros de Nueva España y del Perú: sus fragatas y buques ligeros sostenían al corso y perseguían al de los enemigos batiéndolos cuando ocasión se presentaba. Tal sucedió al teniente de navío don Luis Gijón, que echó á fondo en el Canal de Bahama á dos fragatas y un bergantín; á D. Luis de Velasco, vencedor de otra fragata al abordaje, á vista de Matanzas, y á D. José de Iturriaga, que sobre la costa septentrional de la Española batió con tres navíos de la compañía de Caracas á otros tres enemigos, teniendo entre los muertos al mariscal de campo D. Joaquín de Aranda, nombrado gobernador de Cartagena, que cayó al principio de la acción <sup>1</sup>.

Había sucedido á Vernon én el mando de las fuerzas navales inglesas de las Indias el almirante Chaloner Ogle, deseoso de inaugurar el suyo el año 1743 con jornada de efecto, para la que eligió al comodoro Knowles, poniendo á su cargo ocho navíos de línea, nueve entre fragatas, bombardas y brulotes, y dos transportes con tropa de desembarco.

Todas estas naves se presentaron ante la Guaira el 2 de Marzo, suponiéndola indefensa, y situadas en dos líneas, rompieron simultáneamente el fuego de cañón y mortero, lanzando más de 9.000 proyectiles en dos ataques; mas no apagaron el de las baterías rasantes de la playa, que les causaron graves averías en los cascos, con crecido número de bajas, siéndoles necesario perder las anclas y arribar á la isla holandesa de Curaçao á repararse <sup>2</sup>.

Sin duda se picó el amor propio del Comodoro, toda vez que, tan luego como remedió los daños recibidos, pasó de Curaçao otra vez á la Costa-firme á probar la suerte en Puerto Cabello.

<sup>1</sup> *Gaceta de Madrid*.—Pezuela, *Historia de Cuba*.

<sup>2</sup> Hay relación impresa acompañada de grabado que representa el ataque. En la primera se consigna que, por referencias obtenidas en Curaçao, habían tenido los ingleses 1.300 bajas, de ellas 600 muertos. Campbell no anota tantos; un centenar de éstos y tres de heridos. La *Gaceta de Madrid* publicó noticia del suceso. (Véase el Apéndice á este capítulo.)



Servía éste de carenero á la compañía de Caracas, que contaba con almacenes y talleres, cuya destrucción hubiera perjudicado al Gobierno tanto como á ella. Desde que empezó la guerra prestaba esta compañía valioso servicio de auxiliar á la marina de guerra: sus navíos habían llevado de España á las Colonias, soldados, armas, municiones y pertrechos de todo género, y, últimamente, durante la invasión de Guantánamo entraron en Santiago de Cuba dos regimientos forzando el bloqueo y sosteniendo combate nueve horas con los bajeles enemigos. En el ataque de la Guaira contribuyó á la defensa con la gente y artillería de sus buques, que naturalmente había de emplear con preferencia en guarda de su propiedad.

Tenía en Puerto Cabello, desarmados y en carena, un navío de 60 cañones, otro de 40 y tres galeras, y con vista de lo ocurrido, estando tan cerca la escuadra inglesa, formó con la artillería de estos buques tres baterías de tierra y fagina frente á las del castillo; cerró la boca del puerto con un barco viejo preparado para echarlo á fondo, y desde él á tierra, por popa y proa, fuertes cadenas.

Al llegar á la boca Knowles el 26 de Abril, se encontró sorprendido de la fortificación provisional, con que no contaba; así que, una vez reconocida, juntó el consejo de guerra antes de verificar el ataque. Lo hizo el día siguiente arriando dos navíos á tiro de fusil de las baterías, que fueron destruidas, y por aquel sitio echó en tierra de noche 1.200 hombres, que, duramente castigados, volvieron á sus lanchas en retirada.

Deliberó el Comodoro con sus capitanes en otro consejo, que también acordó insistir, batiendo al castillo con cuatro navíos y con otros tres las baterías, como la vez primera. En los preparativos emplearon hasta el 5 de Mayo, día en que pusieron en práctica su plan, cañoneando bravamente á los fuertes de sol á sol, tras lo cual, en la obscuridad, desembarcaron 1.500 hombres en dos cuerpos; el uno de 700, que fué cortado y prisionero; el otro que deshecho huyó hacia la escuadra. Los navíos quedaron maltrechos de la artillería, que además echó á fondo á dos transportes. No quedó al Como-



doro más remedio que hacerse á la vela para llevar á Jamaica la nueva.

Así esta defensa, como la de Guaira, dirigió en persona el teniente general D. Gabriel José de Zuloaga, gobernador de la provincia, agregando á la guarnición de tropa regular las milicias del país y la gente de mar de la Compañía <sup>1</sup>.

No volvió á ocurrir acción importante en aquellos mares que los corsarios seguían cruzando con provecho. Don Rodrigo de Torres vino á España con las flotas y el tesoro, entrando en la Coruña por Diciembre de 1745 <sup>2</sup>. Le reemplazó en el mando de la escuadra de Indias D. Andrés Reggio, afortunado en presas.

Merece consignación un rasgo del gobernador de la Habana, D. Juan de Güemes, no tanto porque respondiera al impulso de los propios sentimientos, como porque es de suponer se ajustara á las instrucciones del Gobierno mandando no extremar las leyes de la guerra. En Mayo de 1746 sobrevino en las costas de Cuba un recio temporal con el que algunos buques se perdieron. Cruzaba por allí la fragata inglesa *Elizabeth*, y desarbolada é inmanejable, la entró en el puerto su comandante Edwards, por no estrellarse en los arrecifes, y se entregó como prisionero. «No, señor, le dijo Güemes; nosotros, aunque enemigos, somos hombres. Si os hubierais presentado hostilmente, os declararía tales prisioneros; pero arrojados por un temporal, no sois más que desgraciados á quienes debemos los auxilios de la humanidad. Carenad vuestra fragata y reponed vuestros viveres. Cuando podáis salir del puerto os daré salvoconducto, que os servirá hasta rebasar las Bermudas <sup>3</sup>».

Preciso es retroceder ahora en el tiempo para dar cuenta

<sup>1</sup> *Gaceta de Madrid* de 16 de Julio.—*Noticias históricas de la Compañía de Caracas*.—Campbell atenúa bastante la derrota, omitiendo la baja de los prisioneros; consigna, en cambio, que los navíos quedaron en disposición que no consintió emplearlos en el resto del año. Laird Clowes reconoce la pérdida de unos 200 muertos y heridos.

<sup>2</sup> Recompensó el Rey éste con los anteriores servicios otorgándole el título de marqués de Matallana. *Gaceta de Madrid*.

<sup>3</sup> Pezuela, *Historia de Cuba*.



de sucesos al otro lado del Continente americano. Dicho está que, armada en Inglaterra una escuadra con destino al mar Pacífico, se puso á cargo del comodoro Jorge Anson. Dió la vela en Octubre de 1740, componiéndose de seis bajeles de guerra y dos transportes <sup>1</sup>, y habiendo penetrado los designios el Gobierno español, otra escuadra de fuerza equivalente salió de Santander, regida por el jefe de escuadra D. José Pizarro <sup>2</sup>.

Casi al mismo tiempo llegaron á la isla de Santa Catalina, en el Brasil, la primera, y al río de la Plata la española, haciendo ambas preparativos para bajar hasta la extremidad del Continente, con la diferencia de haber repuesto los ingleses sus despensas con los víveres que conducían los transportes, y de continuar los españoles sin ellos, por no encontrarlos disponibles en Buenos Aires y no querer Pizarro perder tiempo esperándolos <sup>3</sup>.

Siguiendo en el viaje á aquéllos, embocado el estrecho de Maire á últimos de Febrero de 1741, tuvieron que forcejear

<sup>1</sup> A saber:

<i>Centurión</i> . . . . .	60 cañones.	400 hombres.
<i>Gloucester</i> . . . . .	50 —	300 —
<i>Severn</i> . . . . .	50 —	300 —
<i>Pearl</i> . . . . .	40 —	250 —
<i>Wager</i> . . . . .	28 —	160 —
<i>Tryal</i> . . . . .	8 —	100 —
<i>Anna Pink</i> . . . . .	» —	» —
<i>Industry</i> . . . . .	» —	» —
Tropa de desembarco . . . . .	» —	500 —

<sup>2</sup> <i>Asia</i> . . . . .	64 cañones.	700 hombres.
<i>Guipúzcoa</i> . . . . .	74 —	700 —
<i>Hermiona</i> . . . . .	54 —	500 —
<i>Esperanza</i> . . . . .	50 —	450 —
<i>San Esteban</i> . . . . .	40 —	350 —
<i>Patache</i> . . . . .	» —	» —
Un batallón de infantería para Chile . . . . .	» —	500 —

<sup>3</sup> Han tratado de esta desastrosa campaña, con datos comparativos, D. Dionisio de Alsedo, *Providencias de España para defender y guardar el paso de la mar del Sur por el estrecho de Magallanes*, obra publicada por D. Justo Zaragoza en 1883, juntamente con el *Aviso histórico*; D. Francisco de P. Pavia, *Revista Militar*, Madrid, 1852, y *Galería biográfica de los generales de Marina*, t. III, pág. 190; el P. Ricardo Cappa, *Estudios críticos acerca de la dominación española en América*, t. XII. De lo que atañe exclusivamente á la escuadra inglesa, se publicó una obra en Londres que tuvo aceptación, y traducida al francés apareció poco después en Holanda. Esta se vertió al castellano con el título de *Viaje alrededor del mundo, hecho en los años desde 1740 al 1744, por Jorge Anson, comandante en jefe de la escuadra de S. M. B.*, y se imprimieron varias ediciones.



contra los tiempos tormentosos, que al cabo de mes y medio dispersaron por completo la escuadra, desarrollando en ella los trabajos y los fríos la temible epidemia naval del escorbuto con intensidad espantosa. Anson consiguió montar el cabo de Hornos sufriendo sacudidas con que creyó más de una vez zozobrar, y fondeó en la isla de Juan Fernández, punto que había señalado á la reunión, el 9 de Junio, con el aparejo destrozado y gruesas averías en el casco. De la gente habían muerto 292 hombres. El 26 se le agregó el *Gloucester*, el 16 de Agosto el *Anna* y antes el *Tryal* en parecido estado de desperfectos. Los cuatro buques sacaron de Inglaterra 961 tripulantes; ahora contaban 335, casi la tercera parte, y ésta debilitada por la enfermedad en términos de no quedar en alguno de los bajeles manos útiles para maniobrar.

En la isla de Juan Fernández, en el fondeadero á que llegaban los ingleses, había estado largo tiempo estacionado con cuatro navíos D. Jacinto de Segurola, general del mar del Sur, vistos los avisos de la corte anunciando la expedición del enemigo <sup>1</sup>. Cuando entró el mes de Junio, considerando que en aquella mala estación no era probable el paso, resolvió volver al Callao, y lo hizo tres días antes que llegara Anson con su navío sólo y en la disposición explicada. ¡Jugadas del azar!

El *Severn* y el *Pearl* no pudieron doblar el cabo; partidas vergas y masteleros y muerta la mayor parte de la gente, arribaron al Brasil. El *Wager*, que entró en las aguas del Pacífico, se hizo pedazos al Sur de la isla de Chiloe.

Análogas desdichas padeció la escuadra de Pizarro. Hallándole el 28 de Febrero un poco al Oeste del cabo de Hornos un temporal de los que por tales parajes dan á conocer al hombre la potencia del viento y de la mar, dispersó también á los navíos, arrojándolos hacia el Este. Las tentativas hechas en contra resultaron inútiles; tenían los buques media vara de nieve en la cubierta; los cabos de la maniobra

<sup>1</sup> Eran los navíos *Concepción*, de 50 cañones; *San Fermin* y *Sacramento*, de 40, y *Socorro*, de 24.



rigidos cual si fueran de hierro, y al escorbuto mortal se juntaba el hambre, habiendo llegado á reducirse la ración á una y media onza de galleta por individuo y sólo una á los enfermos. La capitana perdió 350 hombres y en la misma proporción los otros, salvo la *Esperanza*, en que no sobrevivieron más que 58.

Obligados á arribar, la *Hermiona* desapareció sorbida por lá mar; el *Guipúzcoa*, desarbolado de todos los palos, aunque arrojó al agua parte de la artillería, se anegaba. Habían fallecido ya á su bordo 250, y los restantes tenían que hacer funcionar las bombas, animándolos los oficiales con el ejemplo. El día 25 de Abril embarrancó el navío 30 millas al Sur de la isla de Santa Catalina, y en el momento de naufragar había 30 cadáveres en las baterías y faltaban brazos que los sacaran. La capitana y el patache *San Esteban* volvieron al Río de la Plata, éste inútil; la *Esperanza*, que al fin surcó el mar del Sur; tampoco fué de servicio. De escuadra tan lucida al separarse de las costas de España, únicamente el *Asia*, capitana, se volvió á ver en ellas al cabo de cinco años.

El comodoro inglés estuvo unos cincuenta días en la isla de Juan Fernández cuidando la salud de su gente, que, á favor de los vegetales, se repuso. Desde allí dió caza y apresó á un navío mercante nombrado *Monte Carmelo*, que navegaba desde el Callao á Valparaiso. A bordo encontró alguna plata, géneros y cartas que le impusieron del número y situación de los buques de guerra españoles. Pasó á este barco la artillería del *Anna Pink*, que estaba inútil, y navegando hacia el Norte se apoderó de otra nave de 600 toneladas, *Nuestra Señora de Aranzazu*, con la que reemplazó al *Tryal*, que hacía mucha agua, y mandó echar á pique. Otros dos barcos cayeron en sus manos, si de poco valor en lo material, de utilidad grande por las noticias que un pasajero irlandés procedente de Paita le suministró de esta población sin defensa, en que había caudales para remesar al Perú.

Ocurriéndole apropiárselos, hizo rumbo hacia el puerto y se mantuvo mar afuera para no ser descubiertó hasta la no-



che, durante la que destacó 50 hombres en los botes. Llegados al pueblo, lo entraron disparando fusiles y tocando cajas, que pusieron en gran temor y confusión á los habitantes, espoleándoles para correr hacia el interior los gritos de «¡Ingleses, ingleses!» El siguiente día se aproximó Anson con los bajeles; saqueó la ciudad á su sabor, y al abandonarla puso fuego á las casas. Ellos apreciaron el botín en 30.000 libras esterlinas; para el vecindario fué la pérdida de mucha más consideración por los tejidos y efectos reducidos á cenizas con los almacenes y edificios.

Desde Paita se encaminó Anson á la isla de Quivo, próxima á la entrada de Panamá, é hizo en el trayecto otras presas de naves. Informáronle los papeles ocupados del desbarato de Vernon en Cartagena, noticia que desvanecía su esperanza de recibir refuerzo de gente por el istmo y expugnar á la ciudad. En consecuencia, desembarcó los prisioneros en la punta de Manta, quemó parte de las presas, conservando las tres primeras, que prestaban aspecto de escuadra á los navíos.

Fuera rareza que la memoria de Cavendish dejara de ofrecerse á un marinero inglés en el Pacífico: Anson la acariciaba desde el instante que se persuadió de haber fracasado el plan de Panamá, juzgando que únicamente un lance de fortuna parecido podía compensar las penalidades sufridas hasta entonces. Con esta idea se quedó con las presas armadas, que en el crucero meditado sobre Acapulco dilatarían la vista del horizonte, aumentando á la vez la probabilidad de que no pasara inadvertido el galeón procedente de Filipinas. ¿Cómo había de pasar, si un mes antes de su llegada á la costa, el 9 de Enero de 1742, había entrado en el puerto? Vino á saberlo tarde, por una canoa de negros pescadores que capturó. Era inútil esperar más, y otra vez picaba el escorbuto en sus tripulaciones: la vuelta hacia el Sur le exponía á encontrar á la escuadra española y á las poblaciones del litoral prevenidas; la determinación mejor era la que adoptaron sus antecesores de aventuras: tomar la derrota de Asia. Antes de ello cargó el botín en los dos navíos é incendió las presas, reteniendo á los marineros negros y mulatos en ayuda de los suyos.



Un temporal sufrido el 20 de Agosto desarboló al *Gloucester*, dejándolo en tan mala disposición que difícilmente se sostenía sobre el agua. Diósele fuego, reconcentrando en el *Centurión* cuanto quedaba de la escuadra: en hombres 330; una séptima parte, y pocos días después fondeó en Tinian, una de las islas Marianas, donde no había más que 20 indios y un español á causa de una epidemia, de que huyeron los habitantes, pasando á la inmediata de Guan. Para los marineros del *Centurión*, por el contrario, fué salutifera; como su dolencia requería tan sólo descanso y alimento fresco, se restablecieron pronto. Allí se manifestó una vez más la buena estrella del comodoro, pues teniendo hecho hospital de convalecencia en tierra, donde tenía 128 enfermos, y él mismo con varios oficiales los acompañaba, partió un temporal las amarras del navío, arrastrándolo á la mar; pero volvió á los diez y nueve días, sin otra novedad que el susto.

Anson pasó á Macao desde las Marianas á carenar el buque y proveerlo, después de lo cual, pareciéndole triste volver á Inglaterra á dar mala cuenta de la escuadra que se le entregó, pensó ensayar el encuentro del ga'eón que debía ir de Acapulco á Manila, ya que no encontró al del viaje contrario.

Antes de seguirle en la jornada, es bueno saber lo ocurrido en el Archipiélago filipino desde la última noticia <sup>1</sup>.

La paz ajustada con los moros duró poco: no era estado á que se acomodan sin absoluta necesidad. Los de Joló atacaron al establecimiento de la Paragua, pasando con 20 embarcaciones á sitiar el presidio de Taytay ineficazmente. Fué preciso reprimirlos disponiendo expediciones con la escuadrilla ligera, á que se agregaron cuatro galeras nuevas, yendo por general D. Ignacio de Yriberri, á quemar pueblos, destruir embarcaciones y plantíos, volviendo mal por mal, en los años 1731 al 37.

También los mindanaos dieron que hacer, á pesar de haberse mantenido los españoles en neutralidad durante la

<sup>1</sup> Cap. XII.



guerra movida por Malinog, padre del rey de Joló, contra el sultán Diafar. Aquél, que iba ganando terreno, solicitó auxilio de los holandeses, y ya entonces (1731) fué escuadrilla de siete embarcaciones á cargo del capitán D. Pedro Zacarías en protección al sultán legítimo. Cuando llegaron los holandeses con alguna fuerza, no tuvieron nada en que entender; pero entrando en tratos con el pretendiente para anexionarse alguna parte del territorio, le enviaron armas y pertrechos en un patache de 16 cañones, que fondeó en la boca del rio Samocay. Avisado del hecho D. Francisco Muñiz, comandante de dos galeras estacionadas en Zamboanga, acudió prontamente, promovió con poca habilidad cuestiones con el holandés, acabándolas en reñido combate, con triunfo de los españoles, que llevaron la embarcación y prisioneros. En la relación hecha al Capitán general acusó Muñiz de agresores á los vencidos, y como en el buque se encontraran las armas, un turbante con corona destinado á Malinog, despachos é instrucciones que evidentemente probaban inteligencia con el rebelde, fué declarada buena presa la embarcación.

El gobernador de la India neerlandesa estimó el caso de distinto modo, y dejando á Malinog que por su parte se satisficiera hostilizando <sup>1</sup>, envió á Manila una división de tres navíos en Julio de 1735, á las órdenes del comodoro Ury. En el acto pidió con energía la libertad de los prisioneros y entrega de la embarcación, poniendo en conflicto al Capitán general, toda vez que, como de ordinario, no contaba con elementos para resistir á la fuerza. Hubo, por tanto, de negociar y reconocer, con examen de los documentos exhibidos, que el comandante Muñiz había procedido de ligero y sin justicia, influyendo para la declaración el proceder caballeroso del comodoro y el acuerdo de la Real Audiencia. El buque fué devuelto y entregados por indemnización de daños 6.500 pesos. Como es de suponer, la manera de orillar el incidente no surtió efecto á propósito para que la guerra de los moros cesara <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Relaciones impresas en Manila el año 1734.

<sup>2</sup> Por entonces salió á luz *Disertación histórico-política en que se trata de la exten-*



Gozaron las islas la satisfacción de ganar, contra las entidades comerciales é industriales de Sevilla y Cádiz, el pleito de introducción de sedería de la China por Nueva España, largo, enojoso, y que tanto importaba á la navegación <sup>1</sup>; tuvieron por contraste la mayor pérdida sufrida durante la guerra en los dominios españoles, y fué así:

Salió de Acapulco el galeón *Nuestra Señora de Covadonga*, al mando de D. Jerónimo Montero, en 15 de Abril de 1743, fecha en que, con diferencia de días, partió también de Macao el comodoro Anson para cruzar sobre la boca del estrecho de San Bernardino á la espera. Se encontraron el 30 de Junio á vista del Cabo del Espíritu Santo, siendo inevitable el combate, que duró dos horas, al cabo de las cuales el *Covadonga* arrió bandera. Era, como todos los galeones de la carrera de Nueva España, buque de carga y de pasaje, impropio para medirse con navío de guerra de 60 cañones. De la superioridad que á éste proporcionaban el número y calibre de las piezas hay dato suministrado por el vencedor Anson; su navío *Centurión* tuvo dos muertos y 17 heridos leves; el *Covadonga* 67 de los primeros y 84 heridos, comprendidos el comandante y el segundo. Rica presa; conducía más de un millón y medio de pesos en plata, además de la farderia de efectos.

Anson la condujo á Macao, donde vendió el casco á los portugueses en 6.000 pesos; puso en libertad á los oficiales, con parte de los marineros, y en Diciembre emprendió el viaje á Europa, llegando á Spithead en Junio de 1744. De Manila salieron á perseguirle cuatro bajeles el 16 de Marzo de este año. ¡A buena hora!

*sión del mahometismo en las islas Filipinas, grandes estragos que han hecho los mindanaos, joloes, camucones y confederados de esta secta en nuestros pueblos cristianos, medios con que se han contenido y uno congruente para su perfecto establecimiento, por Fr. José Torrubia, religioso franciscano. Madrid, 1736.*

<sup>1</sup> *Extracto historial del expediente que pende en el Consejo Real y Supremo de las Indias, á instancia de la ciudad de Manila y demás de las islas Filipinas, sobre la forma en que se ha de hacer y continuar el comercio y contratación de los texidos de China en Nueva España, etc. Formado y ajustado de orden del Rey y acuerdo del mismo Consejo, y á costa de Su Magestad, por un Ministro de Tabla, sobre los papeles y documentos entregados por la secretaría de Nueva España y otras memorias particulares, etc.—Madrid, por J<sup>o</sup> in de Ariztia, 1736, folio.*



## APÉNDICE AL CAPITULO XVII.

---

Versión inglesa publicada con título de «*Journal of the Expedition to La Guaira and Porto Cavallos, etc.*» London, 1744. Traducción del contraalmirante D. Miguel Lobo.

Sir Chaloner Ogle destacó al capitán Knowles con dos navíos de 70, tres de 50, un bergantín de 20 y algunos otros buques menores, para que, dirigiéndose á la isla Antigua y reforzándose en ella, procediera en seguida al ataque de La Guaira y Puerto Cabello, que se suponía carecían de fortificación.

Uniéronsele en la Antigua varios buques, y embarcó 400 hombres del regimiento Dalzell, poniéndose á la vela para su destino el 12 de Febrero de 1743; mas había sido tan poca la discreción para ocultar el objeto de este armamento, que cuando iba á intentarse ya eran pasados dos meses de conocerlo el Capitán general de Caracas, quien los aprovechó perfectamente en poner los dos puertos de que se trata en el mejor estado que le fué posible, reparando para ello las antiguas fortificaciones, añadiéndolas otras nuevas y aumentando las guarniciones con las milicias y con numeroso cuerpo de mulatos y negros. Temiendo además le escaseasen los pertrechos de guerra, consiguió que su vecino el Gobernador de la isla holandesa Curazao le vendiese una cantidad considerable de municiones; proceder adoptado por aquel Gobernador contra la opinión de su Consejo.

Diez y ocho de Febrero era cuando se presentó ante La Guaira el comodoro Knowles, quien no perdió momento en dar principio á sus operaciones, verificando el ataque cerca del mediodía, confiada la vanguardia al capitán Lushington con su buque *Burford*. Una hora después se hallaban todos fondeados y empeñados en vivo fuego. El enemigo se portaba sumamente bien, sosteniéndolo certero contra nuestros buques, varios de los cuales se vieron en gran riesgo de ser incendiados por las balas rojas enemigas, y esto, unido á la excesiva resaca, que obligó á los buques se quedasen á una milla escasa de las baterías, hicieron que sus proyectiles no causaran el debido efecto sobre las fortificaciones enemigas. Sin embargo de estas contrariedades, varias de sus baterías recibieron daño suficiente para que disminuyesen bastante sus fuegos. Las casas é iglesias quedaron casi arruinadas. Intentó el Comodoro tomar ó quemar tres bu-



ques que había en el puerto; pero fué tal la confusión y desorden de las embarcaciones menores enviadas al efecto, que salió frustrado el intento. Grandes probabilidades de buen éxito tenían los ingleses entre tres y cuatro de la tarde, por cuanto el enemigo sólo disparaba ya uno que otro cañonazo; mas habiendo tenido la suerte de cortar el cable del *Burford*, cuyo buque contaba gruesas averías en la arboladura y aparejo, y muchos balazos á flor de agua, decayó de la línea y yéndose sobre el *Norwich*, obligó á éste y al *Eltham* á abandonarla. La fuerza de la corriente echó á los tres muy á sotavento.

Animados los enemigos por este desastre, regresaron á las baterías y renovaron el fuego contra los buques que continuaban el combate, con mayores esperanzas de repeler el ataque. La bombardera prestó gran servicio; una de las bombas por ella disparada cayó dentro de una batería que estaba al lado de la montaña é hizo volar con grande estrépito un almacén de pólvora que allí había.

La llegada de la noche hizo cesar el fuego por ambas partes, y como la escuadra había sufrido averías considerables, tuvo que retirarse, dirigiéndose al día siguiente á Curazao para repararlas. Murieron en esta empeñada acción un teniente de navío y 92 hombres, y de heridos hubo 308, entre ellos el comandante del *Burford*, Lushington, que, habiendo perdido un muslo, falleció á las pocas horas en Curazao, siendo universalmente sentido. El *Suffolk* recibió 146 balazos y además tuvo grandes averías, lo mismo que el *Burford*, el *Advice*, el *Assistance* y el *Eltham*. No se libró de daños el enemigo; la población casi quedó reducida á un montón de escombros; sus fortificaciones sufrieron mucho, y tuvo 700 hombres entre muertos y heridos.

Reparadas las averías, y con un refuerzo de voluntarios holandeses, por creer éstos haber sido injuriados por los españoles, resolvió el Comodoro intentar un ataque contra Puerto Cabello, no obstante su convencimiento de que el enemigo estaba completamente preparado para recibirlo. Salió, pues, con este objeto de Curazao el 20 de Marzo, y aunque corta la distancia entre ambos puertos, las corrientes la dilataron de tal modo, que era el 15 de Abril cuando pudo fondear delante de los cayos Barbaret, un poco al Este del de su destino.

En el reconocimiento que del puerto hizo, vió amarrados en su fondo 12 de los buques más pequeños enemigos, juntamente con tres galeras, y muy cerca de la parte norte del mismo puerto un navío de 60 y una fragata de 40. Además se hallaba atravesado en la canal de la boca un buque grande, listo para ser echado á pique con una cadena que le cogía de proa á popa, y otra desde aquella parte á tierra, habiendo formado en ésta con



faginas tres baterías de considerable extensión, mientras que en la punta rasa, llamada Brava, se veían dos baterías más, una con 12 y otra con siete piezas. Y como creyese el Comodoro posible flanquear estas baterías, consideró fácil apoderarse de ellas y emplear sus cañones contra el castillo.

Celebrado Consejo de guerra aquella propia mañana para concertar el plan más acertado de ataque, convínose en que dos buques batirían las baterías en la misma tarde, y que luego de apagados sus fuegos se echarían en tierra los voluntarios, los soldados del regimiento de Dalzell, todas las guarniciones y 400 marineros, á fin de apoderarse de ellas. Que como el buque *Assistance* estaría fondeado á tiro de pistola de tierra, protegería su retirada si fuesen rechazados.

En consecuencia de lo acordado, fueron destinados al ataque de las baterías el *Lively* y el *Eltham*, á quienes á la puesta del sol ya aquéllas no contestaban, cesando al anochecer el fuego por ambas partes. Desembarcadas entonces las indicadas fuerzas, que subían á unos 1.200 hombres, acompañábalas á corta distancia de la orilla, en su bote, el Comodoro. A cosa de las once habíase ya apoderado la vanguardia de una de las baterías; pero el disparo del centinela español puso en alarma á las guarniciones del castillo y de las otras baterías, con lo que dos disparos de una de éstas causaron completa confusión en el total de la columna, de tal modo, que haciéndose fuego unos á otros los que la componían, fué tal el pánico, que, tirando los fusiles, huyeron todos con la mayor precipitación hacia la orilla, no reponiéndose de tan vergonzoso miedo sino cuando se vieron á bordo de los buques.

Gran contrariedad fué ésta para el Comodoro, quien contaba con la seguridad de buen éxito si las fuerzas se hubieran portado como era debido. Sin embargo, resolvió no abandonar la empresa sino después de un nuevo esfuerzo, y llamando con este objeto á junta de guerra el día 21, se determinó un ataque general de los buques contra la plaza.

En tal virtud, la mañana del 24, estando la brisa floja, puso el Comodoro la señal de levar, y procedió la escuadra al ataque en la forma siguiente: el *Assistance*, el *Burford*, el *Suffolk* y el *Norwich* se dirigieron contra el castillo, y el *Scarborough*, el *Lively* y el *Eltham* contra las dos baterías de faginas. Cerca era de las once cuando se abrió el fuego; pero no acercándose lo que debía el capitán Gregory, del *Norwich*, hizo el Comodoro que tomase el mando de este buque el capitán Henry Stuart, quien se mostró digno de esta honra secundando noblemente los esfuerzos del Comandante en jefe.

Bastante había disminuído el fuego enemigo al concluir el día. Muchas



de sus troneras habían sido convertidas en una sola ; varios de sus cañones se hallaban d smontados, y apagados enteramente los fuegos de las dos expresadas baterías. Sin embargo, ya obscuro, los renovaron, causando grandes averías   los buques, algunos de los cuales tenían casi enteramente agotadas sus municiones, al propio tiempo que todos grandes daños en sus cascos, arboladura y aparejo. Poco después de las nueve hizo el Comodoro la señal de picar las amarras y desviarse del alcance de los cañones enemigos. Este ataque costó 200 bajas entre muertos y heridos.

En el curso de la acción ech  á pique el enemigo el buque atravesado en la boca del puerto, con lo cual quedaba obstruida la canal. A la mañana siguiente volvió á levar la escuadra y fondeó en los cayos de Barba-ret, donde repar  sus averías lo mejor que fué posible. En este fondeadero se incorpor  el *Advice*, que se había separado del Comodoro tres días después de la salida de Curazao. Un Consejo de guerra celebrado el 28 resolvió que la escuadra no se hallaba en estado de emprender nuevo ataque, con lo que el Comodoro dirigióse   Jamaica, habiendo antes canjeado con el Gobernador de Puerto Cabello los prisioneros que tenía.